

# La Travesía del Desierto de Andrés Allamand\*

RESEÑA de *Andrés Benavente*

## I

*La Travesía del Desierto* de Andrés Allamand es un libro donde se conjuga el ensayo con las memorias. En sus páginas se describe –y a ratos se analiza– el desarrollo de la derecha política chilena desde el período autoritario hasta las elecciones parlamentarias de 1997, cuyos resultados fueron determinantes para que el autor abandonara –temporalmente, se especula– la arena política activa.

Andrés Allamand irrumpió en el quehacer político junto con el proceso de apertura asumido por el gobierno militar como respuesta a las movilizaciones sociales de 1983. Ese año, y considerándosele muy cercano al entonces Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, Allamand fundó y lideró el Movimiento de Unión Nacional, MUN, que se planteó como una apuesta a la renovación de la derecha y no a reeditar el contestatario Partido Nacional. En 1997, fue líder de Renovación Nacional, RN, partido que cree tener un espacio en la búsqueda del centro político, y enfrentó una dura competencia electoral por una senaduría por Santiago. Fue derrotado de manera contundente no sólo por el candidato de la Unión Demócrata Independiente, UDI, sino también por los candidatos de la Concertación.

Entre ambas fechas discurre el libro que comentamos. Comprende procesos como la recomposición orgánica de la derecha; su relación con la etapa final del régimen autoritario; sus intentos unitarios; su

■ Andrés Benavente ha sido investigador del Centro de Estudios Públicos y consultor del Instituto Libertad y Desarrollo. Es miembro correspondiente del Instituto de Ciencia Política de la Universidad del Museo Social Argentino, de Buenos Aires. Investigador asociado del Instituto de Ciencia Política de Bogotá y del Instituto de Estudios para las Américas, de Washington, Estados Unidos. Entre sus publicaciones se cuenta “América Latina: el peso de la tradición paternalista”, en *Revista Política*, N° 37 y 38, Santiago, otoño de 1999; “Los Partidos Políticos Chilenos bajo la Constitución de 1925”, artículo publicado en Chile en 1984 en la *Revista Política* y reproducido en el *Foreign Cultures*, Vol. 1, Faculty of Arts and Sciences, Universidad de Harvard, Estados Unidos, 1989; “Hacia una Tipificación de los Procesos de Transición en Europa del Este”, en *Revista Contribuciones*, Buenos Aires, octubre-diciembre, 1991, y “Enfoques políticos sobre el desarrollo”, en *Revista Ciencia Política* N° 43, Bogotá, III trimestre, 1996.

---

\* Ediciones Aguilar, Santiago, 1999, 553 páginas.

**ANDRÉS BENAVENTE** es cientista político, profesor e investigador del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile, y profesor del MBA de la Universidad Diego Portales y de la Facultad de Economía de la Universidad del Desarrollo. Rafael Cañas 114, Providencia.

Fax: (56-2) 235 9389

Correo electrónico: anbenave@abello.dic.uchile.cl

participación en la tautológica “democracia de los acuerdos”, y sus intentos por configurarse como opción efectiva de poder dentro del juego democrático. En todos ellos Andrés Allamand tuvo un papel central.

## II

La recomposición de la derecha como sector político en 1983 se dio en medio de los efectos sociales de la aguda crisis económica de ese tiempo. Surgieron movilizaciones y protestas en la entonces oposición. El gobierno militar abrió –por la vía de tolerar– determinados espacios para el debate y los partidos políticos comenzaron a tener una vida más pública. Entonces, dos agrupaciones de derecha se plantearon pretensiones de ser actores políticos: la UDI, que aglutinó a los seguidores del Movimiento Gremialista universitario que había tenido especial ingerencia en el proceso de transformación económica y social impulsado por el gobierno de Pinochet; y el MUN que, si bien reclamaba para sí la proyección de la derecha clásica, se mostraba con un perfil y estilo renovados. Al lado de éstos había otras agrupaciones menores que en el curso de los años siguientes fueron desapareciendo.

Allamand y el MUN, al igual que Jaime Guzmán y la UDI, tenían claro que la derecha tradicional no podía revivir. Ella había sido pulverizada electoralmente en 1965, porque, entre otros factores, “no había sido capaz de articular un programa político que respondiera a la incontenible necesidad de cambio del país” (pág. 50). Tampoco lo podía hacer el Partido Nacional, porque éste no había dejado de ser una suerte de federación transitoria e híbrida de diversos sectores de derecha para oponerse al gobierno de Frei Montalva, primero, y al de la Unidad Popular, después. Allí entre corporativistas, nacionalistas, liberales clásicos y los primeros neoliberales no podía gestarse ningún consenso programático sobre el futuro y, por lo tanto, había hecho bien en autodisolverse en 1973.

La iniciativa de Allamand tuvo, empero, una seria traba desde el comienzo. Sus seguidores no se caracterizaban por la afinidad de sus posiciones, siendo éstas muchas veces contrapuestas entre sí. La cuestión democrática es un buen ejemplo. Jarpa, aun cuando no militó en el MUN y sí lo incentivó desde el Ministerio del Interior, siempre tuvo una visión crítica de los partidos políticos. Por su parte, el ex senador Pedro Ibáñez, figura muy admirada por el autor del libro, llegó a opinar que “la democracia era un sistema congénitamente malo”.

“Mi idea –escribe el autor– era un partido programático, abierto, donde pudieran confluir distintas vertientes” (pág. 60), lo cual incluye la convergencia entre la derecha tradicional, cuya representación no se dejaba de lado, y los nuevos adherentes que aspiraban a una derecha moderna, democrática y liberal. La apelación a la heterogeneidad pudo ser atrayente desde la perspectiva del diseño ideal de un partido gravitante, pero a la postre terminó siendo el más agudo factor de crisis para la

conducción de Allamand. No en el MUN, más ocupado de consolidarse como movimiento, sino después en dos momentos en RN.

### III

Un primer momento de crisis, derivado de la heterogeneidad del partido, lo constituyó la fusión y rápida separación entre el MUN y la UDI (que dio vida a RN), hechos que ocurrieron en 1987 y 1988, respectivamente. Se trató, como el mismo Allamand lo describe, de una operación repentina y no de un proceso debidamente madurado. Fue una respuesta contingente a lo que se estimó era un desafío para los eventos electorales que ya se avecinaban. El resultado no pudo ser más híbrido: gremialistas, elementos de la derecha tradicional, nacionalismo jarpista, y el núcleo liberal de Allamand conformaron una alianza que apenas duró un año; al cabo del cual la UDI recuperó su autonomía y RN entró pronto a un largo desgaste de querellas internas entre el sector duro, liderado por Jarpa, y el sector liberal.

La formación de RN respondió al esquema de fusión de la vieja derecha en 1966, cuando liberales, conservadores y nacionalistas dieron vida al contestatario Partido Nacional. No se consideró en 1987 un factor que a la postre fue importante: no sólo tenían diferencias coyunturales, como la valoración del entonces vigente gobierno militar, sino que había una insoslayable disimilitud en los estilos políticos con el gremialismo. El quiebre de RN planteó una realidad que no puede ser dejada de lado. En Chile la derecha siempre fue bipartidista, salvo entre 1966 y 1973, pero ello no fue obstáculo para establecer alianzas electorales y entendimientos parlamentarios.

Un segundo momento de crisis fue el enfrentamiento entre Andrés Allamand, como presidente de RN, y el sector duro de su partido, en especial con los senadores de la línea conservadora, en relación con el tema de las reformas constitucionales. El sector duro amenazó la estabilidad partidaria y se negó a respaldar el término de los senadores designados, y el fin de la inamovilidad de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y del General Director de Carabineros, entre otras modificaciones.

Receptores –y voceros en algunos casos– de las presiones de Pinochet, esos senadores no estaban dispuestos a apoyar reformas democratizadoras que contribuían a consolidar el sistema político, despojándolo de factores distorsionadores de la voluntad del electorado y que generaban tensión en las instituciones republicanas. Y, en el caso de Allamand, éste no tuvo la fuerza suficiente para sancionar a los rebeldes, aun a costa de una división partidaria, pero que hubiese sido decantadora de posiciones al interior de la derecha política. Optó por mantener un equilibrio en medio de un clima de ingobernabilidad interna, alimentado, además, por otros enfrentamientos que terminaron en escándalo (Piñera-Matthei, por ejemplo). Todas cuestiones que, en definitiva, restaron adhesiones en el electorado.

En la polémica entre Allamand y los senadores duros, el primero les dirigió una carta que transcribe en parte en su libro y cuyo contenido ha terminado resultando profético: “Aquellos que a brazo partido han defendido la rigidez absoluta de la Constitución deberán observar impotentes cómo la Concertación, disponiendo de mayorías que nosotros mismos les habremos facilitado, impondrá sin contrapeso su voluntad” (pág. 462). En marzo de 2000, en la derecha hay efectivamente preocupación, porque con la incorporación del ex Presidente Frei como senador vitalicio y la ausencia de Pinochet la Concertación pasa a tener por primera vez mayoría en el Senado.

## IV

Allamand es un político realista. Durante largo tiempo esa fue una rara especie dentro de la derecha y tan sólo ahora, con la campaña electoral de Joaquín Lavín, tal característica adquirió especial relevancia permitiéndole de paso a este sector político alcanzar la más alta votación en muchas décadas.

La primera expresión de realismo fue la suscripción del Acuerdo Nacional en 1985. Sin duda fue una propuesta inconducente al proponer una transición pactada a un gobierno autoritario que dos años antes ya había sorteado con éxito una crisis económica, social y política y que neutralizó eficazmente con la apertura política de Jarpa. El realismo no estaba en el contenido del documento, ni en su destino inmediato, sino en su significado más profundo: la incorporación de la derecha, sin desdibujarse haciéndose concertacionista, al necesario proceso de negociaciones y acuerdos que es de la esencia del funcionamiento democrático.

Fue la primera señal, siguiendo la categoría de O'Donnell, en que podían concordar los partidarios “blandos” o “aperturistas” del régimen autoritario, con los sectores “moderados” de la oposición. En función del proceso transicional, este paso fue el precursor de los diálogos de 1989, en que se involucró el propio gobierno con el Ministro Carlos Cáceres como su representante. Allí se convinieron con la oposición ciertas reformas constitucionales que entraron en vigor tras un plebiscito. En relación con el posterior funcionamiento de la democracia, aquí es posible encontrar el primer antecedente de la “democracia de los acuerdos”.

Una segunda expresión de realismo fue percibir en los pactos electorales de 1989 que si la derecha quería proyectarse como un sector democrático gravitante en los años venideros tenía que separar aguas de los grupos nacionalistas y dejar de presentarse a sí misma como una suerte de archipiélago de movimientos. En términos prácticos, lo último implicó, electoral y políticamente, dar certificado de defunción al Partido Nacional, a la Democracia Radical y evitar todo contagio con el nacionalismo más tenebroso cobijado en Avanzada Nacional, a quien se indicaba como una expresión política de la fatídica Central Nacional de Informaciones.

El autor relata que en aquella oportunidad “no hubo dificultades mayores entre RN y la UDI, sino con el gobierno (de Pinochet). La tal prescindencia empezó a borrarse cuando empezaron a llegar peticiones para que en las listas se incluyeran candidatos que daban ‘garantía’ a La Moneda” (pág. 208). Probablemente se perderían algunos diputados y senadores, pero con ello la derecha se circunscribía a dos partidos importantes: la UDI y RN, que se insertaban plenamente en el juego democrático, que daban solidez al sector político que representaban y que habían tenido el gesto ético de no pactar con quienes tenían categóricas imputaciones sobre violaciones de derechos humanos.

La temática de los derechos humanos es otro punto importante que debe destacarse entre las fortalezas políticas del autor. Tempranamente, cuando para la gran mayoría de la derecha éste aún era un problema muy menor, circunscrito a uno que otro abuso puntual que ciertamente no se compartía, Allamand lo percibió como una problemática de fondo que debía abordarse y superarse políticamente.

Durante largo tiempo, la gravitación de Pinochet –incluido sus “ejercicios de enlace” y “boinazos”– impidió que la centroderecha asumiera el tema de las violaciones de los derechos humanos como algo que efectivamente había ocurrido y que demandaba la búsqueda de la verdad. Ciertamente que en otros procesos transicionales éste no había sido uno de los temas centrales (Brasil) o bien se había despejado con leyes de amnistía refrendadas después plebiscitariamente (Uruguay). Aquí durante años se intentó creer que era un tema superado políticamente con el Informe Rettig, e incluso en el discurso inaugural de su mandato, el ex Presidente Frei dio al país por reconciliado agradeciendo tamaña realización al Presidente Aylwin.

Bastó, años más tarde, la detención del senador Pinochet en Londres para que el problema volviera a hacerse presente con nuevas dimensiones: más que una demanda política (no fue un tema crucial de la última campaña presidencial) se presentó como una aspiración de la sociedad y permeó, incluso, a sectores que se habían mantenido al margen del debate. La candidatura de Lavín se mostró partidaria de buscar la verdad para enfrentar el trauma y cerrar el proceso.

El tema Pinochet es otro en el cual Allamand fue precursor de un proceso que está en pleno desarrollo en la centroderecha política. El líder de RN sostuvo que su sector debía plantearse como alternativa de gobierno, y eso le obligaba a mirar al futuro, a elaborar y sustentar proyectos. Pinochet y su etapa debían ser asumidos en sus fortalezas y debilidades, pero no debían marcar la pauta del accionar de los partidos del sector. En buenas cuentas, había que historizarlo.

Algo no tan simple de concretar con un actor político como el ex Presidente. Acostumbrado a tener roles protagónicos, por lo mismo tenía influencia en parlamentarios, dirigentes y militantes de los partidos de la centroderecha, en especial en los temas que estimaba como cruciales para la defensa de su gobierno. Con el paso de los años, y con la inevitable pérdida de poder institucional, el peso de Pinochet se fue diluyendo no sin antes intentar –antes de viajar a Londres– detener la candidatura

de Lavín, tratando de empujar a la derecha hacia una candidatura presidencial de Andrés Zaldívar en un escenario de competencia con Ricardo Lagos. Esta fallida apuesta suya contribuyó luego a que en la postulación de Lavín se evidenciara un rápido proceso de despinochetización que partió por situar al ex gobernante en el pasado.

## V

Andrés Allamand ha sido el líder de un partido político que genera simpatías más allá del sector al cual pertenece. Sus comportamientos de realismo político, su búsqueda de acuerdos con distintos sectores, su propósito fundacional dentro de la derecha –pese a que ha militado en una tienda donde han tenido peso las expresiones tradicionales del sector– han cimentado valoraciones positivas respecto de sus actuaciones y de su papel. Curiosamente, no despierta la misma simpatía en sus aliados políticos y electorales, como quedó demostrado ampliamente en las elecciones parlamentarias de 1997, donde su derrota fue celebrada silenciosa pero intensamente. Mientras ese escenario no se supere, las proyecciones políticas de Allamand no pasarán del nivel parlamentario.

En una conversación que tuvo con un ex senador radical, éste le dice que “el liderazgo no es como la propiedad que se inscribe en el Conservador de Bienes Raíces (pág. 51). Hay que ganárselo todos los días”. Una frase que le es aplicable plenamente. Como constatación y como desafío.

Hoy el suyo es un liderazgo ausente y lejano. En su propio partido ha terminado imponiéndose el ala conservadora, sin la ductilidad realista de la UDI. A un Allamand, liberal y partidario de historizar a Pinochet, ha terminado sucediéndole en la presidencia de RN un ex subsecretario del gobierno militar, profundamente conservador en lo valórico y de raíces corporativistas en lo económico. No es por aquí, sin duda, que la centroderecha puede esperar constituirse en nueva mayoría.

En la parte final de su libro, el autor reflexiona, tras haber comentado su derrota en las elecciones de 1997: “Quienes no comparten mis ideas sobre la derecha dicen que es precisamente mi proyecto el que fue rechazado por la ciudadanía en diciembre de 1997. En cambio, siento que nunca lo alcancé a exponer con la debida serenidad y de ello aún me recrimino” (pág. 540).

Lo de Allamand fue una apuesta de renovación de la centroderecha que consistía en separarla del ambiente autoritario; dotarla de un proyecto propio y competitivo, e internalizar en ella una vocación de poder que debía conseguirse dentro del sistema democrático, sin nostalgias. Sin embargo, tuvo dos severas limitaciones: nunca se desprendió de un enfoque político que excluía lo social, y eso se tradujo en que la gente comenzó a verlo como distante de sus propias inquietudes, y nunca su liderazgo se asentó en equipos capaces de traducirlo en ideas que, más allá de las consignas, permanecieran en el sector como una real opción de cambio.

# La Travesía del Desierto de Andrés Allamand\*

RESEÑA de *Jorge Heine*

## I

“Lavín es flor de invernadero”, dijo en 1996 el entonces diputado de Renovación Nacional, RN, Luis Valentín Ferrada, para apaciguar la creciente preocupación de su partido ante el éxito del alcalde de Las Condes. En buena medida su frase es emblemática del grado en que la elite política chilena subestimó a quien era edil de Las Condes.

Tres años después, en las elecciones de diciembre de 1999 y desafiando todos los pronósticos, Joaquín Lavín como candidato de la Alianza por Chile a la presidencia, obtenía la votación más alta de la derecha en la segunda mitad del siglo XX (un 47%). Incluso superó el 44% conseguido por el general Pinochet en el plebiscito de 1988 (que se consideraba una especie de “techo” para el sector), forzó a Ricardo Lagos a una segunda vuelta electoral y se posicionó como el líder indiscutido de la oposición. Paradojalmente también se trataba de la primera vez, desde 1952, que la derecha llevaba como candidato a un militante de partido (y nada menos que un ex secretario general del mismo) y no a uno de los eternos independientes –como Jorge y Arturo Alessandri o Hernán Büchi– que tiende a preferir como abanderado.

Se podría argumentar que para Andrés Allamand, ex diputado y ex presidente de RN que observó la campaña desde su autoimpuesto exilio en Washington DC, este fue el peor de los resultados posibles. Una derrota aplastante (o al menos contundente) de Lavín habría reflotado las posibilidades de un relanzamiento de la carrera política de

■ Jorge Heine es abogado por la Universidad de Chile y doctor en Ciencia Política por la Universidad de Stanford. Ha recibido becas posdoctorales del Social Science Research Council y de la John Simon Guggenheim Foundation. Ha sido profesor visitante en St. Antony's College, Oxford, y en la Universidad de Stanford. Fue presidente de la Caribbean Studies Association (1990-1991) y de la Asociación Chilena de Ciencia Política (1991-1993), y subdirector del Programa Latinoamericano del Woodrow Wilson International Center for Scholars en Washington DC, y del Instituto de Relaciones Europeas-Latinoamericanas (IRELA) en Madrid. Ha sido consultor de Codelco, la Fundación Ford y Naciones Unidas, y autor, coautor o compilador de ocho libros y de más de 50 artículos en antologías y revistas profesionales. En el sector público se ha desempeñado en la Corporación de Fomento de la Producción (1971-1973), como Subsecretario de Aviación (1993-1994), Embajador en Sudáfrica (1994-1999) y Ministro de Bienes Nacionales.

---

\* Ediciones Aguilar, Santiago, 1999, 553 páginas.

**JORGE HEINE** es profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile, María Guerrero 940, Santiago.

Fax: (56-2) 265 2500

Correo electrónico: jheine@ctcinternet.cl

Allamand y de su proyecto político, disputándole la conducción de la derecha a la Unión Demócrata Independiente (UDI). Una victoria de Lavín le habría abierto, presumiblemente, interesantes espacios de acción (¿como Ministro de Educación o de Obras Públicas?) para probar sus innegables aptitudes políticas en el Ejecutivo, donde nunca se ha desempeñado en casi 30 años de actividad política. En las circunstancias actuales no queda claro cuáles serán sus próximos pasos.

Sin embargo, hay otra lectura de lo ocurrido en diciembre de 1999 con la derecha en Chile. Parte de la razón por la cual Lavín obtuvo un 47% de la votación es porque se distanció todo lo que pudo del legado del régimen militar (algo facilitado por la ausencia del general Pinochet, detenido en Londres durante la campaña), y porque ofreció un programa mucho más en consonancia con las necesidades y aspiraciones de la gente común y corriente que las promesas de cada vez mayor austeridad fiscal que constituían el leitmotiv de los programas presidenciales de la derecha. En ambos aspectos, podría decirse, Lavín terminó acercándose a las ideas y posiciones de su tradicional rival y contendor, Andrés Allamand, y alejándose de las de la derecha “pura y dura”, de la cual alguna vez fue una figura tan emblemática (recordemos su frustrada candidatura a diputado por Las Condes en 1989, como “el gallito de pelea” que defendería la herencia del gobierno militar).

## II

Independientemente de la interpretación que tengamos del llamado “fenómeno Lavín” en la política chilena, el libro de Andrés Allamand, *La Travesía del Desierto*, nos entrega importantes elementos para nuestra comprensión de lo que ha sido la derecha en Chile en las últimas dos décadas. En un país como este donde los dirigentes políticos de primera línea rara vez escriben libros, no dejan de ser destacables 550 páginas de narrativa relativamente pormenorizada que abarcan 14 años preñados de dramáticos acontecimientos (1983-1997), a partir de la mirada de un testigo privilegiado de muchos de ellos.

El título original del libro era *La Derecha Imposible*, mucho mejor y más descriptivo de su contenido que el actual; pero aparentemente demasiado osado por lo que tuvo que descartarse. Tampoco ayuda la portada, una foto trucada de Allamand sentado en lo que parece ser un desierto *faux*, ya que da una sensación de curiosa artificialidad, como diciendo “ya que el título no tiene que ver con el texto, por lo menos que la imagen de la portada tenga que ver con el título”. Sorprende también la ausencia de referencias y fuentes bibliográficas y, más aún, la de un índice onomástico, decisivo para consultar una obra tan llena de tantas figuras de la política chilena. En otras palabras, Andrés Allamand no tuvo el apoyo editorial que merecía. Con todo, estas son consideraciones relativamente menores (aunque no necesariamente para el potencial lector que sopesa la decisión de comprar) dentro de lo que sin duda es un evento mayor en el género de las memorias políticas en Chile.



No son muchos los políticos en el mundo que publican sus memorias a los 43 años, pero Andrés Allamand no es un político común. Es cierto que su trayectoria, iniciada a los 15 años, en buena medida ejemplifica lo que es la “carrera política” en Chile. Si en otros países ser dirigente estudiantil no garantiza nada (en los Estados Unidos, incluso se considera un handicap que da lugar al dicho *The student leaders of today will be the student leaders of tomorrow*), en este país los que aspiran a dirigirlo deben iniciar su camino muy temprano. A los 16 años Andrés Allamand se cambió del St George, un colegio particular, al Liceo Lastarria para poder presentarse como candidato a la presidencia de la Feses (Federación de Estudiantes Secundarios) por el Partido Nacional.

No ganó, pero en un año logró aumentar el voto de la derecha de un 4% a un inédito 24%. El resto, podría decirse, es historia (cabría notar que en esos años entre sus contendores por la presidencia de la Feses estuvieron Camilo Escalona, presidente del Partido Socialista entre 1994 y 1998; Guillermo Yunge, actual secretario general de la Internacional Demócrata Cristiana, y Miguel Salazar, virtual jefe de gabinete del Presidente Frei Ruiz-Tagle. Un predecesor fue Gutenberg Martínez, en varias ocasiones presidente del Partido Demócrata Cristiano).

Su paso por la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde tuvo su primer encontrón con el autoritarismo del período, y sus primeros años de ejercicio profesional en un período de congelamiento de la actividad política (1973-1983), no serían, sin embargo, sino una pausa en la actividad política que retomaría al fragor de las protestas en contra del gobierno militar en 1983. Ese año lo llamó el entonces Ministro de Interior, Sergio Onofre Jarpa, para recrear estructuras partidarias de derecha. Una novela semiautobiográfica de juventud, *No virar izquierda*, reseñada positivamente por el decano de los críticos literarios del país, indicaría que estábamos no sólo ante un joven lleno de energía, carisma y aptitudes deportivas (fue seleccionado nacional de rugby), sino que también con capacidad intelectual.

Participó muy activamente en el desarrollo del Acuerdo Nacional, en la fundación de Renovación Nacional y en todo el proceso de transición que culminó con las elecciones presidenciales de 1989. Aunque ya en los '90 no prosperaron sus esfuerzos por lograr que RN aprobara en el Congreso los cambios constitucionales necesarios para que Chile dejase atrás la “democracia protegida” establecida en la Constitución de 1980, poca duda cabe que su conducción de RN fue importante para crear un cierto clima democratizador en la derecha. De haber sido electo senador por Santiago oriente en 1997, habría tenido fuertes posibilidades de ser candidato a la presidencia en 1999, pero ello no ocurrió.

La derrota de Andrés Allamand fue también la derrota de un cierto proyecto político: el de una derecha liberal, comprometida con la democracia sin restricciones, tolerante y pluralista en materia religiosa y cultural. Bajo el liderato de la UDI y de Joaquín Lavín, miembro del Opus Dei, lo que se ha impuesto es algo muy distinto. Incluso en RN, el lugarteniente de Allamand, Alberto Espina, fue reemplazado en la

cabeza del partido por Alberto Cardemil, muy cercano al general Pinochet y en cuyo gobierno fue Subsecretario del Interior. ¿Era esto inevitable? *La Travesía del Desierto* es, en alguna medida, la crónica de la lucha constante de Andrés Allamand con sus compañeros de partido y de sector por convencerlos y empujarlos (en lenguaje de rugby, una especie de *scrum* permanente) a aceptar principios y normas democráticas establecidas en numerosos países desde la “tercera ola democratizadora” identificada por Samuel Huntington. Las enormes resistencias que esto generó acaso indican que la derecha chilena de hoy es esencialmente autoritaria y antidemocrática, por lo que los esfuerzos de Andrés Allamand, como se lo dijo tantas veces Jorge Schaulsohn, no eran sino “arar en el mar”.

La resistencia al gobierno de las mayorías, en algunos casos incluso al mismo principio del sufragio universal, y la denuncia de principios democráticos elementales como “democratitis” (en palabras del senador Francisco Prat) son elementos que apuntan en esa dirección. También la pretensión de mantener congelada en el tiempo una Constitución dictada entre gallos y medianoche en 1980 (y aprobada en un plebiscito sin registros electorales) en un país y un mundo que han cambiado enormemente.

Sin embargo, una década después del cambio de mando del régimen militar a un gobierno democrático, también es cierto que no se aprovechó la ventana de oportunidad que hubo entre 1988 y 1991 para sentar las bases de una institucionalidad distinta. Eso no fue culpa de la derecha (que, en definitiva, defendía sus parcelas de poder –léase enclaves autoritarios–, según la expresión de Manuel Antonio Garretón), sino que de la Concertación.

Una negociación que mantiene a los senadores designados sobre la base de una promesa incobrable de RN que serían suprimidos más adelante; que termina con el general Pinochet como senador vitalicio en su calidad de ex presidente, y con Patricio Aylwin en su casa –sin siquiera un emolumento en su calidad de ex presidente de la República– refleja un candor político digno de mejor causa. Lo mismo podría decirse de tantas otras áreas, entre las cuales la política hacia los medios de comunicación (o la no-política) sea tal vez una de las más obvias.

### III

Andrés Allamand tiene buena pluma y una prosa ágil y vigorosa, como corresponde a su personalidad. Su término –“los poderes fácticos”– para referirse al “triángulo de hierro” entre las Fuerzas Armadas, los grandes empresarios y *El Mercurio* ya ha pasado a ser parte integral del vocabulario político nacional. Sin embargo, el libro, que reproduce muchos diálogos y material de prensa, no contiene grandes revelaciones, ni tampoco intenta una reflexión política sistemática. Tal vez lo mejor

sean las pequeñas verdades que deriva de determinadas experiencias, a veces muy intensas: “qué es liderazgo sino crear y aprovechar oportunidades”(pág. 443); “el liderazgo efectivo es una ecuación entre conducir y representar” (pág. 471); “la derecha tiene genes caníbales” (pág. 394); “la política es ‘sin llorar’”(pág. 538). Estas reflejan su aguda sensibilidad y capacidad de percepción.

Lo que más se aproxima a una tesis es su noción de que “el triunfo universal de la democracia, paradójicamente, está(ba) conduciendo a la derrota de la política”:

*Imaginar que las contiendas políticas del futuro se reducirán a una competencia de puentes inaugurados o de metros cuadrados construidos es apenas una degradación más de la política. Así como se equivocaron quienes proclamaron el fin de la historia, aún más perdidos andan los que anuncian el fin de la política (pág. 479).*

El diseño estratégico de Andrés Allamand de consolidar una centroderecha democrática, única posibilidad para eventualmente quebrar a la Concertación, atrayendo a la Democracia Cristiana y formar así una nueva coalición mayoritaria, no dejaba de aparecer como lógico y razonable. El que no haya fructificado se debe en parte a la nueva fisura del sistema político chileno marcado por la división dada a partir del plebiscito de 1988 (entre un bloque democrático y otro partidario del autoritarismo), pero también debido a las grandes diferencias en la disciplina partidaria de RN y la UDI.

Muchos pensaron que en su afán por defender el legado del pinochetismo, la derecha había hecho un pacto faustiano: olvidarse de toda posibilidad de ganar la presidencia, a cambio de mantener un poder de veto sobre las decisiones fundamentales que se tomen en el país. Lo cerca que estuvo Joaquín Lavín de ganar las elecciones presidenciales de 1999 parecería indicar que lo que Andrés Allamand describe como la “debilidad endémica de la derecha”, su “ausencia de vocación de poder” ya no sería tal. Y el que Andrés Allamand no tenga responsabilidades asignadas en el papel que jugará la derecha durante el gobierno de Ricardo Lagos es prueba que no sólo su sector, sino que el país tiene una deuda pendiente con un dirigente que hizo un aporte decisivo a lo que Luis Maira ha denominado la “interminable transición chilena”.



# Los límites de la tolerancia de Human Rights Watch\*

RESEÑA de *Ascanio Cavallo*

## I

Los informes de Human Rights Watch deben su prestigio a la imparcialidad política que usualmente los preside y al rigor factual con que son elaborados. Imparcialidad es un término apropiado cuando una organización considerada “izquierdista” por los autoritarismos latinoamericanos de los '70 y '80 ha exhibido una visión tan consistentemente crítica de los gobiernos de transición que siguieron en el continente.

*Los límites de la tolerancia. Libertad de expresión y debate público en Chile* hace honor a ese prestigio. Se trata de un estudio minucioso y bien pensado acerca del modo en que una libertad de expresión restringida pone fronteras al ejercicio democrático como quiera que éste sea progresivo, evolutivo o transicional. La palabra “límites” describe a la perfección el alcance del trabajo, en cuanto a que su objetivo es menos reseñar los casos significativos que el de dar un contexto histórico y práctico al problema de la libertad de expresión en Chile.

Es un trabajo sin revelaciones en el sentido periodístico, y así ha de haberlo sentido su principal redactor, Sebastian Brett, un sofisticado conocedor de las extrañas maneras en que ciertos hechos se olvidan en Chile con una incomparable facilidad. No hay nada que no sepamos, ni siquiera en cuanto a la conclusión de que la libertad de expresión ha estado gravemente afectada en Chile durante muchos años. Y, sin embargo, la sola acumulación de casos, su clasificación y exposición, y sobre todo su contraste con la doctrina mundial, tiene el efecto impactante de una radiografía que muestra, más allá de los síntomas, la inusitada profundidad del mal.

■ *Ascanio Cavallo es periodista titulado en la Universidad de Chile, crítico de cine y profesor de las Universidades Diego Portales y Adolfo Ibáñez. Entre 1978 y 1986 trabajó en diversas áreas de especialidad en la revista Hoy. Entre 1987 y 1995 fue fundador, miembro ejecutivo y luego director del diario La Época. Entre 1995 y 1998 dirigió la revista Hoy, y más tarde se incorporó a la oficina de comunicación estratégica Tironi & Asociados. Ha ejercido como crítico de cine en diversas publicaciones nacionales y extranjeras, desde 1984, y asesora como especialista en el área a Lan Chile y otras empresas. Es autor de once libros, entre los que figuran La historia oculta del régimen militar (con Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda), Memorias del Cardenal Raúl Silva Henríquez y La historia oculta de la transición. Actualmente es crítico de cine en El Mercurio y columnista político en La Tercera.*

---

\* LOM Ediciones, Santiago, 270 páginas.

**ASCANIO CAVALLO** es director general de proyectos de Tironi & Asociados, Nueva Tajamar 481, Torre Norte, Of. 405.

Fax: (56-2) 339 7527 Correo electrónico: [acavallo@tironi.cl](mailto:acavallo@tironi.cl), [cavallo@ctcreuna.cl](mailto:cavallo@ctcreuna.cl)

Cuando se cierran las 270 páginas de este volumen, la sensación amarga es inevitable: terminada la dictadura, hemos vivido diez años bajo un gobierno que en materia de debate público se ha mostrado vacilante, débil y hasta prescindente, y que ha permitido que ciertos aparatos del Estado, como el Ejército y el Poder Judicial, ahogaran ya no sólo las expresiones de disidencia sistémica, sino incluso opciones culturales y productos artísticos.

## II

El sistema internacional de los derechos humanos es todavía poco conocido, acaso porque su desarrollo más intenso se produjo recién después de la Segunda Guerra Mundial. Aun cuando muchos de tales derechos hayan tenido amplia difusión en años recientes, la manera en que ellos se ordenan, interrelacionan y condicionan, hasta constituir en propiedad un sistema, es todavía un campo de dominio restringido a los especialistas.

La notable síntesis de José Zalaquett que sirve de introducción al libro muestra la importancia singular de este desarrollo.

Sin embargo, quizás se pueda ir todavía un poco más lejos. El paso desde la doctrina democrática hacia el sistema de los derechos humanos representa un desplazamiento mayor, tectónico, masivo, en el debate sobre la libertad de expresión.

En el pensamiento liberal, del que Tocqueville es la más perfecta expresión para estos efectos, la libertad de expresión tiene un papel, si bien estructural (“la piedra angular de todas las libertades”), a fin de cuentas funcional en la construcción de las instituciones democráticas. Sin ella, el conjunto de “aparatos” (en el sentido de Jean-Louis Baudry) de la democracia no podría funcionar, porque se trabarían la movilidad, el flujo y los intercambios del sistema. Gran parte de las sentencias supremas basadas en la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos utiliza este principio funcional, incluyendo la famosa invocación del pornógrafo Larry Flynt: “Sólo si un cerdo como yo tiene el derecho de expresarse, el de ustedes estará asegurado”.

Al insertarse en el sistema de los derechos humanos, la libertad de expresión cambia sutilmente de carácter y se convierte en un valor fundamental. Al aspecto funcional se superpone una dimensión principal como medida de ética política. Además, entra a formar parte de un sistema en el que otros derechos la influyen o condicionan, pero bajo el mismo paraguas ético.

Se trata de una definición cuya principal novedad es que permite evaluar una democracia ya no sólo por el *funcionamiento* de sus “aparatos”, sino sobre todo por su *calidad* e incluso, en algunos casos, por su *dirección*. Y por ello deviene un valioso instrumento para iluminar casos como el de la transición chilena, donde resulta tan

difícil negar el avance en el funcionamiento democrático de las instituciones como ignorar la restrictiva y defectuosa calidad de dicho avance en materia de debate público.

### III

Sin embargo, tras una década de transición, parece claro que ésta se ha ordenado con arreglo a un principio de jerarquía que se iniciaba en lo económico, seguía en lo social, continuaba en lo político-institucional y dejaba para el último lo cultural, que es el campo más propio de desarrollo de la libertad de expresión.

Este diseño, que se ha cumplido en forma relativamente precisa, impulsa a interrogarse si en efecto no existirá una correlación entre desarrollo material y modernización cultural, un vínculo que para el marxismo clásico debía ser lógico, pero que fue abandonado después de Gramsci, Althusser y Adorno.

Desde luego, ya sabemos que ese vínculo existe en el campo tecnológico. Desde hace unos 20 años, el *home video*, la televisión por cable, el satélite, la comunicación digital e Internet vienen rompiendo con fuerza creciente las barreras de las censuras nacionales, hasta el punto de que en el caso de Chile se hacen insostenibles organismos del tipo del Consejo de Calificación Cinematográfica o el Consejo Nacional de Televisión, que representan, en sus campos específicos, los más fuertes esfuerzos estatales por poner coto al derecho a la libre información.

Pero si la tecnología empuja con claridad al retroceso de la censura, ¿opera en el mismo sentido el crecimiento económico? La pregunta puede ser formulada al revés en Chile: ¿acepta los mismos estándares de restricción una sociedad con 2.500 dólares de ingreso per cápita que una que bordea los 5 mil? Mi respuesta es no.

Cualquiera sea el parámetro que se use, hay que admitir que las limitaciones a la libertad de expresión existentes en 1989 son completamente distintas de las que rigen en 1999. De hecho, hoy se puede debatir en referencia a un modelo “ideal”, como el sistema de derechos humanos; hace diez años la discusión era meramente funcional y usaba como premisa única el pluralismo político. Un trabajo como *El libro negro de la justicia chilena* era impensable siquiera como proyecto; hoy es la más grave complicación de los tribunales desde el punto de vista del derecho comparado.

Se puede decir que ninguno de estos avances es tan notorio como su excesiva lentitud. Y, siendo esto cierto, también lo es que las nuevas realidades del mundo –la globalización, el multiculturalismo, la unipolaridad, la tecnología, el crecimiento– impactan progresivamente sobre el campo de las libertades individuales en todas las latitudes. Chile es todavía una sociedad conservadora, qué duda cabe; pero quizás ello sea un reflejo tanto de su cautela política como de la desigual (y todavía limitada)

expansión de sus bases materiales. Hoy los temores sobre la libertad de expresión interpretan un *common sense* de las clases emergentes, que son parte de esta sociedad conservadora, pero en paralelo son estos mismos grupos los que puján a favor de la apertura de espacios de todo tipo dentro del cuadro institucional, porque son los que les permitirán tener una presencia relevante en el concierto nacional.

Estoy convencido de que el crecimiento económico y el desarrollo tecnológico expandirán los actuales límites del debate público, lo quiera o no la elite dirigente, lo quieran o no los administradores del Estado y del poder económico. Dado que la relación entre estos elementos no es lineal, cabe esperar que se trate de un proceso de avances y retrocesos, de conquistas y derrotas, de expansión y contracción, y que no alcance las formas ideales sino hasta bastante tiempo más.

Ello no significa renunciar a las luchas actuales que se libran en defensa de la libertad de expresión; sólo a condición de mantener su vigor se evitarán los retrocesos sistemáticos. Por desgracia, no han contribuido a la aceleración deseada las posiciones de las asociaciones gremiales directamente envueltas en el problema en Chile (periodistas, empresas, propietarios de medios), como de paso lo recuerda el informe de Human Rights Watch.

Protegiendo la exclusividad de su ejercicio unos, resistiendo a las nuevas formas de competencia los otros y amparando unos terceros las exclusiones “nacionalistas” que se harán insostenibles, cuando los pactos regionales e internacionales adquieran vigencia práctica, objetivamente estos grupos de presión han conferido a ciertos poderes institucionales una suerte de carta blanca para decidir sobre los alcances del debate público en los medios, convirtiendo a éstos en rehenes de aquellos.

## IV

¿Cuáles son los poderes que con más constancia amenazan hoy la libertad de expresión en Chile? En forma explícita, el libro se reserva “la crítica más áspera” para los dirigentes políticos, por su incapacidad para desmontar la herencia antidemocrática de la dictadura en este campo. Sin embargo, concluido el texto, emerge con un peso abrumador una responsabilidad estructural diferente: la del Poder Judicial.

En efecto, los tribunales chilenos no sólo han guardado silencio frente a los atropellos a la libertad de expresión (como lo hicieron otrora con el *habeas corpus*), sino que forman parte protagónica de ellos. Un juez aplica una “ley de desacato”, el tipo penal más desprestigiado del planeta, explicando que no necesita probar los efectos públicos de una opinión (caso Chanfreau en *El Siglo*); otro ejerce la censura factual como medida precautoria, antes de que se pruebe la existencia de un delito de opinión (caso del libro *Los secretos de Fra Fra*); otro dicta una orden de no informar que se prolonga por cinco años en un proceso que no avanza (caso del homicidio de José



Carrasco); y aun otro autoriza que funcionarios del Estado entren a una casa particular y borren el texto de un libro del disco duro de un computador, además de incautar ejemplares y arrestar a su autor (caso Humberto Palamara).

A los políticos se les puede acusar de omisión. Pero son los magistrados más altos de la República los que con sus acciones han motivado las cinco acusaciones más vergonzantes contra el Estado de Chile en la Corte Interamericana de Derechos Humanos: las prohibiciones sobre tres libros (*Impunidad diplomática*, *Ética e inteligencia militar* y *El libro negro de la justicia chilena*) y una película (*La última tentación de Cristo*) y el encarcelamiento del ex ministro Francisco Javier Cuadra. Este último es de lo más significativo, dado que Cuadra fue el principal administrador de la censura previa durante el régimen militar, lo que convierte a su caso en un paradigma de defensa de la “conducta deleznable” no por la opinión en sí misma, sino por el historial de quien la emite.

En los dos casos más recientes, los actores son miembros de la Corte Suprema. El fallo acerca de *La última tentación de Cristo* es un modelo de oscurantismo, entendiendo por esto último el esfuerzo intelectual de imponer a la sociedad un velo que reproduzca la ignorancia del autor. La prohibición de *El libro negro de la justicia chilena* es un modelo de abuso, ejecutado a través de una ley de excepción por un magistrado que previamente fue el centro de un debate nacional.

La judicatura chilena ha mostrado una tendencia sistemática en contra de la libertad de expresión. La razón, en mi opinión, es que la transparencia pública está fuera de su doctrina y de su tradición, las que siguen el modelo aristocrático de la estratificación de clases, creencias y valores. Fue con conciencia de ese modelo que el mayor enemigo político de la libertad de expresión de los últimos años, el senador de Renovación Nacional, Miguel Otero, intentó introducir el delito de difamación: como antiguo y experto litigante de tribunales, Otero no ignoraba que esa figura penal gozaría de gran reputación en las salas de unas cortes que han solido confundir la honra con el secreto y, en algunos casos, incluso con la incompetencia.

Otero seguía una tradición sostenida por el jurista Enrique Ortúzar y que hunde sus raíces en la familia Alessandri, con un papel especial para el ex Presidente Jorge Alessandri. En la médula de esa tradición se encuentra la idea antidemocrática, a su turno de origen religioso, de que las figuras investidas de autoridad no deben ser puestas en tela de juicio ni fiscalizadas, porque ello afectaría su prestigio (honra, honor, privacidad) y su credibilidad (la estabilidad social, la fe, el orden público).

Es preciso decir que la privacidad aparece en muchos casos como pura ficción política, puesto que las mismas figuras suelen estar disponibles para las versiones amables que dan de sus hogares y familias las revistas del corazón, los espacios de decoración y cocina, o los *talk-shows* estelares; aquí el prestigio y la credibilidad tienen la lectura particular de la manipulación informativa. La judicatura nacional ha hecho suya esta versión mutilada de la libertad de expresión, en parte por convicción

y en parte por conveniencia; la jurisprudencia chilena sobre libertad de expresión es un *melting pot*, donde hierven conjuntamente doctrina, casuística y sentido de la oportunidad.

Es allí donde se aloja el huevo de la serpiente.

Los políticos, en mayor o menor grado, son pusilánimes ante esta situación, y no cabe esperar que ellos, como elite especializada e interesada, hagan mucho para cambiarla. Pero si sienten que el costo de mantenerla es mayor que el de modificarla, no tendrán más remedio que actuar. Lo que se requiere en Chile es un trabajo sistemático y ordenado para invertir esa correlación de costo-beneficio lo antes posible, incluso con la confiada conciencia de que ello ocurrirá por angas o por mangas.